

ilustre vida se puso de manifiesto, fué unas veces ejemplar y otras admirable. Tal vez hay pocas existencias como la suya, entre nosotros, edificadas con más esmero y dotadas de mejores gracias: alaban algunos su tradición hidalga, pero basta su vida sin mancilla y varonil y justa para darle nobleza imperecedera y hacerlo digno de reverencia: era bueno, era liberal de espíritu, era civilizador.

Como hombre, sujetó su vida a honrados principios de conducta, como profesional fué eminentemente piadoso y cristiano con el triste y el enfermo, y como gobernante, sirvió a la patria como varón de ley y como caballero que usó del bello nombre de ella para ponerle lema a su escudo. Le dió los prestigios de su vida humilde y se esforzó en vigorizar el espíritu nacional; como gobernante, él será cada vez más, ejemplo activo de una forma de gobernar sin orgullo y sin maldad, más que como otra cosa, como un simple servidor de su república. No llegó al poder atraído por ambición frívola, no se mantuvo en él con locura ni violencia, no se sirvió de su posición ni para su apetito ni para su vanidad. Todos elogian su pobreza: el dinero de sus conciudadanos no ensució jamás sus manos gentiles. En cambio, fué político de tendencias, y en la primera magistratura no se manifestó asombrado de su elevación: vino a ella como hombre de doctrinas, con la conciencia clara de los deberes que iba a cumplir y deseoso de emplear sus energías para bien de su conciudadanos. Escuelas y caminos fueron los principios directivos de su política gubernamental. Todavía hoy el problema es casi el mismo: escuelas y caminos. Cuando se piensa serenamente en esto, se ve como este hombre había sorprendido los dos principios fundamentales de la vida nacional. Un país debe ser necesariamente rico y debe ser necesariamente ilustre. Ambas políticas son imperativas y sus consecuencias resultan de que haya entre ellas dos un perfecto y sabio equilibrio. Tal vez es mala la riqueza para un pueblo ignorante. Pero el pueblo más sabio, en la miseria, no tiene más que un destino: el de la humillación, el de la esclavitud. Es un principio de salud social que el hombre sea rico, o que al menos tenga el sentimiento de la riqueza y sea siquiera un trabajador. No es la política del dinero propiamente, es la política de la actividad: es que el hombre que no trabaja es la materia fácil de todas las debilidades y a una patria no se la hace fuerte, ni se la hace digna, ni se la hace rica, cuando la mayor parte de sus hijos son más o menos pordioseros y le tienen miedo a la vida porque no encuentran en ellos energías disciplinadas para edificar con una

acción generosa sus destinos. La tiranía americana tiene precisamente — como un factor de su origen — esta falta de voluntad en el mayor número para el sacrificio de la labor diaria.

Pero mejor que esto de hacer rica a la nación y activa y laboriosa, es la de hacerla ilustre y la de iluminar su alma. El nombre de Jesús Jiménez es casi simbólico. El puso en la conciencia de este país esto excelente, que es la preocupación por la cultura. El, con los hombres de su época que le comprendieron, definió la más justa y

*«El Gobierno Jiménez fué revolucionario en tan importante materia; pero le dedicó tanto empeño, procuró tanto que el país mejorara en ese sentido que, sin faltar a la verdad, puede considerársele como el verdadero fundador de la Instrucción Pública en Costa Rica».*

*«Hagamos cada año un estudio parcial de nuestra existencia anterior para enaltecer las buenas acciones de los que fueron; para condenar a los que perjuros fallaron a los deberes que impone el patriotismo, y para decir sin odio, antes bien, en apacible lenguaje, las equivocaciones de buena fe padecidas. Que de ese modo se desarrollará en los futuros ciudadanos el interés por los asuntos que a todos atañen, la admiración cariñosa de quienes laboraron por el progreso, la emulación para obrar el bien en todas direcciones y en general se arraigará y crecerá fecundo el amor a la Patria».*

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ  
Ex-presidente de Costa Rica

propia política de estas repúblicas: la política de las ideas. Por lo que hoy se le recuerda aquí, es por esto, por lo que hizo como presidente y como ciudadano para promover en su patria las fuerzas educativas, para despertar en su espíritu la altísima aspiración de hacerse culta. El la dotó de instituciones propicias y a otras les dió modernidad: fundó la Escuela Normal, reorganizó la Universidad de Santo Tomás, y llevó al gobierno la idea de que la enseñanza pública es un negocio superior del Estado. Inició muchos esfuerzos preciosos que si no tuvieron en su época realidad cabal, fué por las condiciones morales de nuestros países y porque en su caso es posible aplicar aquella irónica observación del poeta inglés, el cual, después de hacer el elogio de un rey que gobernó bondadosamente, según los principios de la justicia y de la libertad, a su muerte, prematura porque su reinado no comprendió sino tres años, le sucedió un rey muy malo. Pero este será siempre el fenómeno de la sociedad, vivir de estas alternativas de bien y de mal: como la esposa ilustre de Ulises, tejer con las mejores gracias una hermosa civilización perpetua-

mente, bajo el impulso alentador de una esperanza generosamente acariciada.

Nosotros estamos aquí, cincuenta años después, recogiendo su mismo pensamiento para seguir trabajando dentro de su mismo anhelo, movidos por igual esperanza. Siquiera esto es bueno, sí; es bueno recoger este entusiasmo y esta fe de los antiguos patrios y recordar con amor sus vidas, vivir su devoción por tener una patria grande y creer en aquellos mismos intereses en que ellos creyeron y que la pueden hacer merecedora del lauro de la justicia, porque obraron en beneficio de la civilización y de la libertad.

El problema es el mismo: organizar en forma de instituciones firmes, la cultura del país, y constituir la escuela como una grande y preferente fuerza social. Es necesario entender esto, porque hay muchas cosas aquí que no pasan de ser simples iniciaciones de propósitos activos. Conviene observar que toda institución pública es un centro de energías que obran en el cumplimiento de sus fines y que mientras éstos no se desarrollen vigorosamente o las instituciones perecen, o su influencia es insensible. Nosotros queremos creer que la escuela es el centro por excelencia de las energías sociales en el país y que hacemos bien en confiar a su acción la obra de construir una patria nueva, la obra de edificar un hombre nuevo, la obra de salir airoso de nuestro presente angustioso y de entrar en el porvenir sin temores.

Lo que actualmente preocupa tanto a los grupos políticos, el fenómeno de la indiferencia en el mayor número por el problema electoral, es apenas un hecho revelador. Es porque el ansia secreta de todos es la de buscar nuevos poderes para reorganizar la sociedad. Y no debemos equivocarnos, estos poderes ya no son los meramente políticos, estos poderes están en el corazón mismo de las grandes sociedades enfermas de idealidad y de porvenir; esos poderes son el trabajo organizado, la industria organizada, la escuela convertida en el sagrado recinto del hombre.

Hay algo más curioso en esto: es la gran preocupación que causa el niño. Estamos — y ahora sí podemos darnos una cierta cuenta de ello — concurrendo a la renovación de la vida, presenciando la iniciación de una nueva forma moral del mundo, sintiendo que nuestro corazón participa imperiosamente en fomentar un nuevo y solemne interés humano: el interés del niño. Alguna vez, como en Grecia, este interés fué el de la belleza y el de la sabiduría. Alguna vez, como en Roma, este interés fué el de las instituciones